

El periódico

Juan, representante de modas Ocaña, se preparó para apearse en la estación. Hacía un sol radiante y su agenda estaba repleta de citas para ese día y el siguiente. Esa mañana todo fue como la seda, el tren llegó puntual, el taxi le cobró la carrera mínima, en la recepción del hotel le atendieron con premura y profesionalidad, la habitación estaba en perfecto orden y hasta le habían dejado un ejemplar de periódico sobre la almohada.

Como buen comercial, Juan sabía que estar informado de las últimas noticias siempre era útil a la hora de entablar relación con los clientes, así que decidió que decidió invertir unos minutos en echarle una ojeada. Política y más política, pero súbitamente algo llamó poderosamente su atención. Hacía referencia a las intervenciones de los candidatos a las próximas elecciones en un debate que, estaba seguro, se produciría esa misma noche. Algo perplejo, Juan comprobó la fecha del periódico: era la del día siguiente. Se preguntó si aquello sería una broma del hotel o una cámara oculta, pero siguió ojeándolo y entre las noticias locales encontró una que se producía a pocos metros del hotel, un altercado entre la policía y un grupo de trabajadores de la hostelería que demandaban sus derechos laborales.

Movido por la curiosidad, y ya que le cogía de camino a su primera reunión, Juan arrancó la página con la foto del suceso y salió del hotel. No tardó más de dos minutos en ver la concentración. Sacó el recorte y comprobó que todo cuadraba menos la intervención policial. Sin darle más importancia, guardó la página arrancada y continuó hacia la calle Larga, donde tenía concertada una cita con “Modas Conchita”. En ese instante escuchó unos gritos, se dio media vuelta y contempló que la escena que se producía ante sus ojos era exactamente igual que la de la foto del periódico. ¿Qué clase de broma era esa?, ¿quién se tomaba tantas molestias en tan elaborado engaño?. Pero, ¿y si no fuera engaño sino una imperfección del destino?, ¿o una brecha en el espacio-tiempo?

Juan no recordaba cuanto tiempo quedó paralizado hasta que una idea le iluminó: los resultados de la lotería, o mejor, del Euromillones; esa semana había bote. Volvió al hotel a toda prisa. Jadeante, abrió la puerta de la habitación, cogió el diario, buscó la página con los resultados de Loterías y Apuestas, y allí cual rayo divino, encontró la combinación ganadora. Un único acertante había ganado la friolera de ciento ocho millones de euros. Apuntó la combinación, la repasó y bajó a toda prisa a sellar el boleto. Respiró hondo, volvió al hotel, comprobó los números que iban a cambiar su vida y guardó el resguardo en la cartera. Sonó el teléfono, pero no lo cogió. Pensó que su vida de comercial había terminado y que ahora tenía un nuevo futuro. Pidió que le trajeran unas cervezas de importación y un plato de jamón, se descalzó y se divirtió contrastando las noticias del telediario con las del periódico. Resultaba gracioso ver en la televisión que el Rey iniciaría una visita a Japón al día siguiente y ver en el periódico su foto siendo recibido por el primer ministro japonés. Sonrió. Se sentía un hombre diferente. Siguió ojeando el diario y, de repente, vio en una de las páginas su nombre y sus apellidos. También los de su esposa y sus hijos. Vamos, que lo tenía delante era su esquela. Sintió miedo y se levantó, aunque le temblaban las piernas. Se dijo a sí mismo que hasta ahí había llegado la broma y fue a llamar a recepción pero la moqueta estaba un poco levantada y tropezó. En la caída su frente impactó justo sobre la esquina de la mesita de noche.

A las 19.30 cuando ya se había marchado la policía, el juez y los empleados de la funeraria, el director de hotel encargó a Jacinta, la camarera de pisos del turno de tarde, que dejase lista la habitación para la reserva del día siguiente. Con un poco de grima, la diligente Jacinta comenzó su labor. Hasta que reparó en que la portada del periódico que estaba tirado no era la de ese día. Pensó que la compañera que había hecho la habitación había dejado uno antiguo, no era la primera vez que las más jóvenes no reparaban en la importancia de los detalles. Recogió el diario y comprobó la fecha. Jacinta ni pensó en una broma, ni en el destino, simplemente bajó a toda prisa, se dirigió a la Administración de Loterías y selló todos los boletos cuyos resultados aparecían en el periódico. Salía de allí distraída, comprobando que las combinaciones eran correctas, cuando oyó el claxon de un coche. No sintió nada más. Voló por los aires y se estampó contra el asfalto.

Desde la acera, Yolanda, una aplicada opositora al cuerpo de Correos y Telégrafos, contempló la escena estupefacta. El periódico cayó justo en sus manos; lista y despierta, se fijó en la fecha y en la página por el que estaba abierto. Su vista se dirigió a la Administración de Loterías...